

ECOS DE COMALA Y EL LLANO

Saúl Rosales



Ecos de Comala y el llano

Saúl Rosales



Ecós de Comala y el llano

© Saúl Rosales Carrillo
rocas_1419@hotmail.com

PRIMERA EDICIÓN

Julio de 2022

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

AGOSTO DE 2026

Torreón, Coahuila, México

ISBN: 978-607-69789-5-5

IBERIA EDITORIAL

EDICIÓN

Jaime Muñoz Vargas
rutanortelaguna@yahoo.com.mx

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA

Ivana Muñoz Chapa

Hecho en México

ACLARACIÓN

Este libro contiene textos diversos —misceláneos, para emplear la palabra que he usado en obras similares—pero todos rondando a Juan Rulfo y su —por fortuna— ya muy reconocida producción literaria. Son sólo seis títulos que incluyen materiales periodísticos, un relato y varios que hurgan a la luz de temas epidérmicos. Le he dado un poco de sentido a mi tránsito terrenal procurando la obra de nuestro gran escritor. Sus libros me han correspondido aislándome hasta del desencanto de mi propia sobrevivencia ubicándome en el parnaso de las mieses de la creación. El arte nos pone en la paradoja de ver que nuestras miserias encuentran asilo en el opimo éter de la creación humana. En las siguientes páginas, pues, el lector encontrará no un pantagruélico festín literario, sino apenas la señal de caminos posibles por dónde ir para encontrarlo, para acercarse a *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*.

El primer texto, publicado como modesta colaboración periodística en el centenario de Juan Rulfo (1917-2017) podrá servir de introducción puesto que apunta temas que más adelante se desarrollan con un poco de amplitud, por ejemplo, el gusto de Rulfo por las aliteraciones armoniosas y atonales.

El siguiente texto surge de una famosa definición contenida en *Pedro Páramo*, aquella con la que el arriero le res-

ponde a Juan Preciado la pregunta de quién es Pedro Páramo. El arriero Abundio Martínez le responde que es “un rencor vivo”. Sin embargo, no sólo al protagonista le calza esa definición. En el apartado ahora comentado se verá que el rencor vivo es una epidemia en Comala.

El siguiente es un relato autobiográfico (“Autorretrato con Rulfo”) de un provinciano autor desencantado de sí mismo cuya pesadumbre apenas le alcanza para incluirse sin mayor mérito artístico en la pléyade de personajes románticos como el de *Noches blancas*, de Dostoyevski. Aquí Rulfo no es un personaje literario sino una persona que derrama sin prejuicios su generosa calidad humana.

“Ecos de Comala y el llano” es un recuento inacabado de ejemplos destinados a mostrar el oído poético de Juan Rulfo en sus dos más conocidas obras literarias. El lector ya habrá colegido al leer, antes del punto anterior, la construcción “el oído poético” que se trata de la experiencia sinestésica de deslizar los ojos y simultáneamente ir oyendo; se lee con el oído. Es lo que sucede en las abundantes aliteraciones armoniosas y atonales que se disfrutan en *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* (mayormente en la novela-poema).

El siguiente material es una colaboración periodística que en su oportunidad quise publicar como insignificante homenaje a Rulfo en el aniversario de su nacimiento el 16 de mayo de 2022. El sentido del título “Allí en *El llano en llamas*” se descifrá cuando el lector se encuentre con los usos que el genial autor hace de los adverbios *allí* y *ahí* (el segundo a veces deformado según el uso popular).

Finalmente, “Primitivismo pedroparamero” también es un par de cuartillas periodísticas, escritas igualmente en el centenario del nacimiento del gran escritor nacido en Apulco, Jalisco. En aquella ocasión escribí: La novela, de hondo tono poético, es un piélago, no un páramo de primitivismo, un recuento de maldades, una floración de perversidad y perversiones desde el principio, cuando la madre de Juan Preciado, con un profundo rencor, impulsada en sus momentos últimos por el instinto de venganza, le exige que cobre caro a Pedro Páramo el olvido en que los tuvo.

A fin de cuentas, este librito pretende ser un homenaje al gran escritor, a su gran obra y a su *gran generosidad* que se verá apenas pálidamente vislumbrada en el relato “Auto-retrato con Rulfo”.

CÓMO LLEGUÉ A COMALA (O CÓMO LLEGUÉ A LEER PEDRO PÁRAMO)

El vendedor de libros apareció en una escenografía de aviones militares AT-6, AT-11, P-47, PT-17 y un monumental —en aquella escenografía— B-25. Algunos se erguían completos, otros esperaban descompuestos. Podría parecer escena de película gringa de guerra pero era en la ciudad de México de 1962.

La locación se revelaba como un gran conjunto de talleres de aeronáutica militar. Por eso, *ahora en nuestra época*, la presencia *allí* del vendedor de libros podría parecer hasta surrealista. Sin embargo, en aquel tiempo las editoriales empleaban agentes que vendían libros como vender afeites de Avón.

A un agente de esos que incursionaban en aquellos talleres le compré mi primer *Pedro Páramo*, la genial novela (el genial poema) de Juan Rulfo. Realmente en esa ocasión me hice de todo un lote de la Colección Popular del FCE, completado con *Juan Pérez Jolote*, *El diosero* y *El llano en llamas*; *La creación* y *La tierra pródiga*.

Todavía diez años después seguían pululando aboneros de libros. Cuando trabajaba en el departamento de prensa de la UNAM, al agente de editorial Aguilar le compré en partes los tomos, forrados con piel, de las obras completas de Dostoyevski y Tolstoi y un tomito con obras de Puschkin.

Los libros de Rulfo en la Colección Popular salían en papel barato. Todavía sus pliegos venían cosidos en el lomo. Los tirajes de *Pedro Páramo* llegaban a 10 mil ejemplares cuando otros famosos autores veían que el de sus títulos era apenas de mil.

Por lo copioso de los tirajes se puede notar la gran aceptación que *Pedro Páramo* tuvo desde sus primeras ediciones. La obra pronto se internacionalizó y conquistó a importantes autores, entre ellos a Mario Benedetti, quien calificó a Rulfo como *el mejor narrador de América Latina*.

Con el tiempo el reconocimiento para la novela ha venido creciendo y ha llegado al centenario de Rulfo con mérito superlativo. La historia de la literatura dice que Rulfo escribió *Pedro Páramo* por estos calurosos meses del verano.

Entre abril y septiembre de 1955, Rulfo fue edificando Comala, insuflando vida al protagonista, a Susana San Juan y al resto de los personajes; creando la sofocante atmósfera subterránea; hilvanando los rasgos de verosimilitud de las psicologías; pintando lacras sociales con pincel de artista.

Ahora que he mencionado a Susana San Juan y al propio Pedro Páramo puedo referir el gusto de Rulfo por los juegos de palabras, por ejemplo, el de sonidos repetidos al armar ambos nombres: la repetición del sonido *an* en el de la mujer, y el labial explosivo *p*, en el del cacique.

Aparte de que se puede apreciar el mismo juego en el título del otro libro famoso de Rulfo, *El llano en llamas* (lla-lla), en el cuerpo de la novela se encontrará muchas veces repetido. Como lector frívolo me he entretenido participando de ese ludismo.

He encontrado el juego de los ecos (que me he permitido poner en *cursivas*) en las siguientes construcciones, aunque el libro contiene muchas otras: “estaba lleno de agujeros como de agujas”; “la devolvían en pedazos, despedazada”; “Como que sabe, ¿sabe usted?”; “ni para que me sirva de bordón servirá”; “Dicen por ahí los díceres”; “para hacerle hacer sus necesidades”; “como mueren los que mueren muertos de miedo”; “y yo allí, rezando rezos”; “trabajo que dio dar”; “hirviendo en su propio hervor”; “Déjame consolarte con mi desconsuelo”.

Ese juego con la palabra es igual al que en 1919 López Velarde practicó en “El retorno maléfico”, donde podemos leer (también en *cursivas*): “cubo de cuero / goteando su gota categórica”, “Las golondrinas nuevas renovando / con sus noveles picos”, “el amor amoroso de las parejas pares” y más.

En este centenario de Juan Rulfo vale la pena recordar que Mario Benedetti lo llamó “el mejor narrador de América Latina” y sobre todo leer su novela *Pedro Páramo* y encontrar en tan grandiosa obra juegos quizá pueriles, pero gratos, como las repeticiones sonoras, aliteraciones, ecos.

Siglo Nuevo. 16 de mayo de 2017

PRIMITIVISMO DEL RENCOR VIVO Y OTRAS PASIONES

El rencor puede despojar al humano de la racionalidad y desatar un primitivismo casi prerracional; puede inducir a hechos salvajes, bestiales. Acerquémonos a la pasión del rencor en un poema narrativo, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, en el que la historia fluye con sonoridades no por fúnebres poco gratas, un poema-cantata por la muerte universal. Su prosa suma, en una fina musicalidad, ecos, presencias etéreas agradables al oído en las atmósferas pobladas de murmullos, susurros, rumores, cuchicheos suspendidos en la eternidad que es la nada posterior a la existencia. Pero en cuanto a la racionalidad o irracionalidad de los personajes del poema-cantata, vale recordar la poderosamente significativa —y tal vez por ello famosa— y breve descripción que, del cacique Pedro Páramo, le hace el arriero Abundio al viajero Juan Preciado. Coincidieron en algún punto de un camino y en la conversación cargada de identificaciones Juan, como parte de sus señas de identidad, le participa al arriero que es hijo de Pedro Páramo. Luego le pregunta que si lo conoce. La respuesta tarda en llegar y en seguida Juan Preciado inquiere sobre el hombre del que se acaba de identificar como hijo. “Un rencor vivo”, le revela el arriero.

El discurrir de la novela permitirá ver lo acertado o el desacierto de la descripción que destella en una de las pri-

meras páginas. Sin embargo, el rencor vivo de Pedro Páramo también mueve a otros personajes de la genial obra de Rulfo para revelar los estragos del primitivismo contenido en esa pasión humana. La animosidad encendida en lo hondo de la fragua de las ofensas acuciará no sólo a Pedro Páramo, lo hará también con la madre de Juan Preciado, Dolores; con la sensual Susana San Juan, pasión arrebatada del cacique; con el deleznable padre Rentería, sacerdote de la comunidad; con el desgarrado Bartolomé, padre de Susana, y con el mismo arriero Abundio.

Otros rencores vivos

El rencor puede inducir la vindicta por los agravios, llevar al primitivismo de la venganza; por el contrario, sometido por el raciocinio, el rencor quizá se extinga junto con la vida del rencoroso pasivo, gracias a que subordinó su rencor a las normas de la civilización. No es el caso de la madre de Juan Preciado. En uno de los primeros párrafos de Pedro Páramo, Dolores Preciado, quien fue esposa del cacique de Comala y sus horizontes, en su lecho de agonizante induce en su hijo Juan —a quien ya vimos con el arriero—, la venganza: “El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.” A la moribunda mujer no la reblandece la atonía de su condición, pretende una venganza gravosa: “cóbraselo caro”, ordena desde su rencor vivo y su estado de agonizante.

Pero en el curso de la narración Juan Preciado se evidenciará como un hombre sin atributos para la venganza y el odio. Buscará a Pedro Páramo, mas nunca con intención vindicativa manifiesta. Se le verá manso, dócil, me-

droso, como materia dispuesta para las disposiciones de quienes aparezcan en el camino de su búsqueda. Por ejemplo, la hermana de Donis lo atemorizará con la amenaza de las cucarachas para que se acueste con ella; por otro lado, se acogerá a la voluntad de Eduviges, amiga de su madre. “Ella siempre odió a Pedro Páramo”, le comentará Eduviges a Juan Preciado al evocar a Dolores y se puede pensar aquí que el rencor y el odio, como capacidades humanas, comparten genes. Sin embargo no se verá en el hijo de la moribunda el primitivismo de los impulsos distanciados del raciocinio. En algún momento de su narración, de la que es en gran parte estructurante, Juan Preciado dice que se sintió en un mundo lejano y se dejó arrastrar: “Mi cuerpo [...] se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él [...]”. El hijo de Dolores Preciado manifiesta la flexibilidad y la apatía de los débiles. Ni rencor encendido ni apetito de venganza lo moverán a pesar de la cercana voz del recuerdo presagiado por su madre; del enunciado inidentificado, del eco suspendido en el éter, de las palabras de Dolores colgadas en la atmósfera de la plática de Juan con Eduviges Dyada: “El abandono en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro”. Entre el diálogo resuena la orden como un eco sin origen, entre los recuerdos del hijo y las remembranzas que Eduviges vierte acerca de su relación con su amiga Dolores y con el cacique.

Juan Preciado llevará en la memoria la voz del rencor vengativo de su madre pero no el propósito de venganza. No albergará el rencor de su padre que conocerá en su tránsito por Comala, el feroz rencor vivo de Pedro Páramo quien

con urente resentimiento avisa que destruirá al pueblo porque vivió con indolencia la muerte de Susana San Juan, la mujer objeto de su pasión. Así es, cuando la amada de Pedro Páramo muere el 8 de diciembre —precisa la voz narradora— las campanas de los templos tañeron inclementemente hasta convertirse “en un lamento rumoroso”. El resonar metálico en las vastedades de La Media Luna atrae pobladores de otros lugares y además un circo, juegos mecánicos, músicos. Comala se embriaga de ambiente feérico e ignora la muerte de Susana San Juana. Pedro Páramo jura vengarse por el desacato. “Me cruzaré de brazos y Comala morirá de hambre. Y así lo hizo.”

El primitivo rencor vivo del cacique —dueño de vidas y haciendas, como repica el dicho popular—, atruena en otro momento con resonar de balazos. Uno de los muchos ecos de la voz humana que estructuran la novela evoca su cruenta experiencia con el cacique. Narra que Pedro Páramo quería averiguar si había estado en Vilmayo doce años antes, en una boda en la que Lucas Páramo, padre del cacique, asistía como padrino. El interrogatorio es entre disparos y chapotear de las humanidades en la sangre. Lo que el cacique quería saber es quién disparó la bala que mató a su padre. Por ello causó tal mortandad, “casi acabó con los asistentes a la boda [...]. Y como nunca se supo de dónde había salido la bala [...] Pedro Páramo arrasó parejo”. El rencor vivo actúa ciegamente.

En otro momento el rencor vivo de Pedro Páramo se queda a punto de estallar. Miguel Páramo, su hijo, muere al caer del caballo por intentar brincar una barda. A la llegada

del cadáver, el cacique: “Esperaba oír: ‘Lo han matado.’ Y ya estaba previniendo su furia, haciendo bolas duras de rencor”, pero oye que Fulgor Sedano le dice que el muchacho, solo, había encontrado la muerte. Las bolas de rencor desaparecen, la reacción rencorosa de Pedro Páramo se frustra, se suspende. Sin embargo, al escuchar que piafa el potrillo alazán de Miguel, el cacique le ordena a Fulgor: “Mañana mandas matar a ese animal para que no siga sufriendo.” Podría parecer una venganza rencorosa, pero el hombre del cacique comenta que el animal se ha de sentir desolado y Pedro Páramo asiente: “Yo también lo entiendo así, Fulgor.”

Rencor vivo del padre Rentería

El rencor del padre Rentería en la novela *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, tiene un origen muy evidente y doble. Por una parte, Miguel Páramo, hijo del dueño de vidas y haciendas, “según rumores”, mató al hermano del religioso; por otra parte, Miguel hizo víctima de estupro a la joven Ana, hija del hermano asesinado. En su primitivismo, el rencor contenido del padre Rentería rebasa su condición de religioso. En la página donde se hunde en su propia contrición por no haber rezado a favor del alma de Eduviges Dyada, durante su monólogo interior se pregunta qué le costaba perdonar.

Y para cerrar la escena en la que Pedro Páramo, antes de retirarse del templo a donde habían llevado el cadáver de Miguel, le pide que perdone el asesinato y el estupro, el religioso ruega a su divinidad lo contrario: “Señor, me pongo ante tus plantas para pedirte lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir... Por mí, condénalo, Señor.” Su rencoro-

sa decisión es corolario de los sentimientos que padeció en los minutos anteriores, durante el oficio funerario, ante los restos del hijo del cacique. Entonces, nos dice la voz narradora, había sentido oleadas de cólera.

Pareciera que el padre Rentería no había sometido sus rencores y los había dejado fluir en su plegaria. Sin embargo, pocas líneas adelante, se entiende que bajo el influjo de la religión, sin duda forcejeando en la red de su ideología, reconsidera: “Está bien, Señor, tu ganas.” Su plasticidad anímica se reitera en otro lugar porque cuando conversa con su sobrina Ana acerca del estupro y le pregunta qué hizo aquella noche para no dejarse arrastrar por el seductor, ella se disculpa un tanto: “Pensé en lo que usted me había enseñado: que nunca hay que odiar a nadie.” El religioso había sido consecuente con el consejo que alguna vez le dio a su sobrina. Finalmente el padre Rentería piensa decirle a la joven que ya perdonó a Miguel Páramo. No lo hace. El rencor vivo enciende las dubitaciones.

Susana San Juan y Bartolomé

Los pensamientos, las palabras fútiles o, por el contrario, llenas de una pasión que los materializan, así como sus ecos, revelan o complementan a los hechos y a los personajes en la celebrada novela de Rulfo, *Pedro Páramo*. Uno de esos ecos es el de la evocación del cacique de Comala —y sus alrededores— que revela el resentimiento, el rencor, el odio de ignoto origen que mueve a Susana San Juan para llevarla lejos. El día que la mujer emigró, Pedro Páramo recuerda que muchas veces ella le dijo respecto al pueblo: “Lo quiero

por ti; pero lo odio por todo lo demás, hasta por haber nacido en él.” Querer-odiar. La amada del amo de Comala se contorsiona jalada a los extremos por esa contradicción y al final el rencor vivo, el odio es mayor y la conduce lejos del hombre y del pueblo.

El “todo lo demás” que menciona tal vez sea la epidemia de pudrición de almas que señala su padre Bartolomé San Juan. Bartolomé había dicho que Pedro Páramo es la “pura maldad” y luego se ve reflexionando: “Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados, que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá, deshaciéndonos en pedazos como si rociara la tierra con nuestra sangre. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué se nos ha podrido el alma?”

Más adelante, la pura maldad, Pedro Páramo, le sugerirá a Fulgor Sedano que vaya a matar al padre de Susana para recuperarla. Sus sugerencias eran órdenes.

Un rencor vivo y alcoholizado

Primitivismo, impulsos primitivos, conductas prerracionales, actos distanciados del raciocinio ajenos a conductas civilizadas alientan el proceder de algunos personajes de la novela de Rulfo. Abundio, con primitivismo alcoholizado, mata a Pedro Páramo. Perturbado por la muerte de su esposa, agobiado por su miseria económica (tuvo que vender sus burros) y estimulado por el alcohol ingerido en la tienda de la madre Villa, Abundio llega ante Damiana Cisneros y Pedro Páramo. El cacique, embozado entre cobijas, permanece sentado en un equipal a la puerta de la vivienda. El arriero se había encaminado a su propia casa “pero torció el cami-

no” sin ninguna razón. De todos modos después se verá que llega en busca de “una ayudita” para el funeral. En seguida, luego de tres líneas que describen el sol rojo del amanecer: “La cara de Pedro Páramo se escondió debajo de las cobijas como si se escondiera de la luz, mientras que los gritos de Damiana Cisneros se oían salir más repetidos, atravesando los campos: ‘¡Están matando a don Pedro!’” ¿Abundio Martínez también albergaba un rencor similar al de la madre de Juan Preciado?, aquel rencor que la hizo decir: “El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.”

Otras formas de primitivismo

Aparte del rencor, en la novela de Rulfo florecen otras formas de primitivismo, esa expresión o manifestación propia de las sociedades primitivas que definen los diccionarios. La narración lleva al incesto, a la superstición, a la insaciabilidad sexual, a la sensualidad en la primitiva sociedad de los horizontes que se expanden desde Comala. Las expresiones del instinto son lo que permite a los humanos ser calificados como primitivos o civilizados aunque, por supuesto, no totalmente primitivos ni totalmente civilizados. Unas veces el raciocinio controla menos y otras el instinto cede más. La vida no siempre es hipérbole como en la décima de la Décima Musa que dice:

*En dos partes dividida
tengo el alma en confusión
una esclava a la pasión
y otra a la razón medida.*

Sensualidad de Susana San Juan

En un gozo que pareciera primitivo Susana San Juan se entrega al mar y a la arena de la playa. Al principio de un soliloquio dice que su cuerpo “se sentía a gusto sobre el calor de la arena”. Y líneas adelante, en diálogo con Florencio, complementa: “En el mar sólo me sé bañar desnuda”. Párrafos adelante de su evocación erótica narra las sensaciones totalizantes que le procura el mar cuando la posee: “Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.”

Dos segmentos después —recordemos que la novela *Pedro Páramo* se estructura con interpolaciones que se entretajan en la narración—, Juan Preciado esclarece para Eduviges, cuyos oídos no le son fieles en aquellos espacios fúnebres, el soliloquio de Susana San Juan. La amada del cacique evoca el erotismo de su sensualidad, revive imaginariamente los tiempos en que podía disfrutar la potencia de Florencio “al sentir que se quebraba su carne, que se abría como un surco abierto por un clavo ardoroso, luego tibio, luego dulce”.

Florencio muere. Su paso por la novela sirve sólo para que veamos la libido excitada, frustrada y primitiva de Susana San Juan quien prevé las desazones, los desasosiegos, las inquietudes, las insatisfacciones del sexo. Airada increpa al “Señor”, es decir, a Dios. Le reprocha que no le cuidara a Florencio por ocuparse nada más de las almas y clama: “Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos [...]”.

El incesto

En la madrugada de Comala Juan Preciado llega a una casa ruinosa donde encuentra acostados, desnudos, a un hombre y a una mujer. El desvelo lo hace dormirse ante sus hospederos. La mujer desnuda mira que el huésped se sacude en la inconciencia del sueño y le dice al hombre que a ella le había sucedido igual, es decir, había pasado los mismos espasmos “la primera vez que [...] me hiciste aquello, que aunque tú no quieras yo supe que estaba mal hecho”.

Párrafos adelante el lector de la novela se entera de que el hombre se llama Donis. Donis se va de la casa y Juan Preciado despierta cuando había un sol de mediodía. Al conversar con la mujer le pregunta a dónde fue su marido. “No es mi marido. Es mi hermano; aunque él no quiere que se sepa.”

Con Donis el incestuoso ya alejado, la mujer incestuosa le comenta a Juan Preciado que su hermano no volverá y lo invita a dormir con ella. De momento el hijo de Dolores Preciado se niega. La mujer le advierte que si se queda en el rincón donde se acomodó se lo comerán las turicatas. En seguida Juan Preciado se acuesta con la incestuosa y sin duda promiscua para hacer pensar en el primitivismo sexual.

Miguel Páramo: Eros y Tanatos

Miguel Páramo, único hijo del cacique que vivió con él y al que le toleraba todo quizá por un amor primitivo, es un muchacho como de diecisiete años que vive atrabancadamente y de esa manera conduce el caballo y su libido. (Antes se decía con insistencia que el caballo es símbolo de la virilidad y así aparecía en películas, pinturas, dibujos.) Juan Preciado

conoce la existencia de Miguel Páramo cuando en sus primeros diálogos con Eduviges Dyada la mujer le cuenta cómo murió el hijo favorito de Pedro Páramo. Según ella, Miguel se le apareció al momento de morir de una caída del caballo. Aunque era temprana la noche ella ya estaba acostada. Oye que le tocan en la ventana. Es Miguel y la vieja Eduviges rememora: “No me extrañó verlo, pues hubo un tiempo que se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo [...]”. Claro, “durmiendo” es un gerundio que no deja de parecer una manera eufemística para embozar el verbo copular. Eduviges, según lo que en la novela se sabe de Miguel Páramo, debió haber sido, como antiguamente decía la nota roja de los periódicos, su amasia, su querida, su amante.

El primitivismo lúbrico y homicida del hijo de Pedro Páramo se revela en dos párrafos durante un amanecer en que Damiana Cisneros le pregunta a Miguel de dónde viene. El le responde: “[...] de visitar mujeres.” Por su parte, Fulgor Sedano piensa: “Igualito a su padre.” Luego recuerda que el día anterior fueron a acusar al hijo favorito de haber matado a un hombre. Cuando Pedro Páramo trata de justificarlo, Fulgor le replica: “Le gusta la pendencia.” Añade que “es tan violento” que una mujer acudió el día anterior a llorar en La Media Luna porque Miguel le había matado al marido. Eros y Tanatos son aurigas con la misma brida en el primitivismo del hijo del cacique.

Deseo sexual y religión

Así como la sumisión al deseo sexual le sirve a Rulfo de material literario, también le sirven a su imaginación creadora

los dictados de la religión. Esto lo ilustran las escenas del padre Rentería y su sobrina Ana en la genial novela *Pedro Páramo*.

El día en que entierran a Miguel Páramo, durante la cena y después de tomar chocolate conversan el religioso y su sobrina. El padre Rentería le pregunta a Ana que si está segura de que fue Miguel Páramo a quien se había entregado a pesar de saber que fue el autor de la muerte de su padre, es decir, del hermano del religioso. Ana no lo afirma pero los indicios apuntan a que Miguel fue quien consumó el estupro. Después de escucharlo decir en la noche de la calle que venía a pedirle perdón por haberle matado a su padre, ella le había dicho al seductor: “La ventana está abierta”. El religioso le espeta a la sobrina: “Pero sabías quién era.” Es decir, le reprocha que no razonara, que no considerara que Miguel era el homicida del padre de ella misma.

Las dos páginas del diálogo del padre Rentería y Ana permiten entender que ella cedió mansamente al instinto sexual y no al pensamiento, al razonamiento antihomicida. Sometida a una conducta primitiva, Ana cede a su sexualidad arrasando cualquier llamado de la razón. Como justificación, la sobrina le explica al tío: “Pensé en lo que usted me había enseñado: que nunca hay que odiar a nadie.” En seguida, Ana alarga con pocas palabras la explicación de por qué cedió al impulso de la visita masculina nocturna y las termina con la idea del mal, del pecado: “Solamente lo sentí encima de mí y que comenzaba a hacer cosas malas conmigo.”

Similar forma de pensar a la de Ana se presenta en la hermana incestuosa del incestuoso Donis después de ceder al instinto sexual. Durante un diálogo que les escucha Juan Preciado, la hermana recuerda su primera vez con palabras imprecisas que le permiten eludir el poder de las significaciones directas, habla “de lo mucho que me arrepentí de eso”. Cuando Donis le pregunta a su hermana que cuál *eso*, ella se lo recuerda de nuevo con temor a las palabras precisas: “De cómo me sentía apenas me hiciste aquello, que aunque tú no quieras yo supe que estaba mal hecho.” El *eso*, el *aquello* que no se permite nombrar con precisión la hermana de Donis, lo que estaba mal hecho, son las mismas cosas malas que Miguel hizo con la sobrina del padre Rentería y que tampoco ella puede nombrar.

El impulso sexual es dominante pero difícil de nombrar para esas dos mujeres de Comala. El peso del pecado por “aquello”, por lo que “estaba mal hecho”, por las “cosas malas” no se revela en Ana y sí se evidencia en la hermana de Donis. “¿No me ve el pecado?”, le dice al hijo de Dolores porque él le ha preguntado qué le debe ver en la cara. Así se evidencia también en la novela de Rulfo la represión espiritual ejercida por la religión sobre el primitivismo. En otro momento la mujer incestuosa le confiesa al obispo su situación. “Eso no se perdona”, le dice el prelado con toda la autoridad de la Iglesia. La mujer, bajo el primitivismo de sus creencias religiosas, se queda integrada al “puro vagabundear de gente que murió sin perdón”.

Primitivismo de otras supersticiones

El primitivismo de las supersticiones en la novela de Rulfo lo ilustra la advertencia del curandero Inocencio Osorio para Dolores Preciado antes de que llegue a la cama de recién casada, según le cuenta Eduviges a Juan Preciado: “[...] el tal Osorio le pronosticó a tu madre [...] que esa noche no debía repegarse a ningún hombre porque estaba brava la luna”.

Flores de Rulfo y Baudelaire

El rencor, la venganza, la promiscuidad sexual, la sensualidad viciosa, el homicidio, el sometimiento a la religión, la superstición son flores del mal ofrecidas por Rulfo en la novela *Pedro Páramo*. Y las flores son flores, es decir, casi siempre productos gratos de la naturaleza. Esta obra de Rulfo es un descenso a los bajos fondos del alma humana similar a la de Baudelaire en su apreciado libro, es un reconocimiento del primitivismo que acecha en su guarida de la esencia de la humanidad. Las pasiones de los habitantes de Comala y de toda La Media Luna son las pobladoras de la condición humana. Existen en el alma tanto como en ella existen las potencias equilibradoras del raciocinio. Reconocidas en la novela, las pasiones no llevan a la contricción sino a la admiración gracias a su potencia de convertirse en palabra artística. La fuerza poética con que las expresa el escritor mexicano las vuelve no pasiones pecaminosas sino masa dúctil que satisface el apetito de belleza.

AUTORRETRATO CON RULFO

*Para Luis Murguía Bañuelos
UIA-Torreón*

Tení en las manos un manuscrito autógrafo de Juan Rulfo; del creador de Pedro Páramo y Susana San Juan, del constructor de Comala, del vocero de las palabras pronunciadas, las nonatas y las inefables. Eso, una tarjeta blanca de ocho por doce centímetros con catorce líneas y su rúbrica trazadas por Rulfo debería garantizarme la seguridad proletaria, por no decir pequeñoburguesa, que anhelaba. La tarjeta blanca pesaba como pasaporte hacia la plaza de reportero en *El Día*. No era una carta de recomendación ni una orden redactada para un subordinado pero era un manuscrito de Juan Rulfo. Si lo entregaba a su destinatario podría asegurarme el buen empleo asalariado que buscaba; si no, yo tendría que seguir luchando inerme contra la ciudad de México.

La disyuntiva parecía de fácil solución. Más aún, no existía si no se cuestionaba el destino prefijado para el autógrafo de Rulfo. Lo consecuente, y por tanto lo más fácil, resultaba entregarlo; entraría así a la nómina de empleados. Sin embargo, mi admiración mitificaba al edificador del monumento de la literatura mexicana y ya había fetichizado la tarjetita. La había convertido en reliquia de un culto adoptado al cual yo estaba afiliado con pasión, todavía

inconfesada, pero pasión. Eso sobrevaloraba el manuscrito, mas lo hacía con justicia. Por ello mi duda en dejar que se cumpliera su destino. El contrapeso para desbalancear la indecisión a favor de entregar la tarjeta era que de eso dependía que yo consiguiera el empleo en un tiempo en que la desocupación estrangulaba al país. Si entregaba el documento seguramente obtendría el trabajo; si no, me quedaría con el manuscrito de Rulfo, pero sin el trabajo de reportero en *El Día*.

Esa mañana había acudido a cumplir la primera jornada de prueba como aspirante al empleo de redactor —en el diario así le llamaban a la de reportero—. Para empezar me entregaron una “orden de trabajo”. La recibí con una adustez que trataba de ocultar el desconcierto y la inseguridad que me enmarañaban la conciencia. Aquella “orden de trabajo” era una tirita de papel revolución con cuatro o seis renglones mecanografiados. Mi faena consistía en recorrer algunas fuentes culturales y universitarias en busca de noticias. Serían las habituales, de consumo, sin embargo, según creo, para estimular mi iniciativa, en el requerimiento anodino colaron una tarea especial: entrevistar a Juan Rulfo. Debía entrevistar a Juan Rulfo escritor, recapacité asustilusionado. Rulfo, portento de la literatura, Rulfo, que para entonces ya había conquistado a Benedetti, quien lo divulgaba como *el mejor narrador de América Latina*.

Por supuesto, la ingente tarea, grande por el escritor y por su proporción respecto a mis limitaciones, atisbadas o previstas en la jefatura de redacción, no asomaba como misión excepcional. El verbo en infinitivo (entrevistar), la

preposición (a) y el nombre del creador de Pedro Páramo (Juan Rulfo) se alineaban en la orden de trabajo desnudos de hipérbole, describiendo una simple tarea más. Nada para Hermes ni para Mercurio; ni siquiera para un chasqui, vehículos de la comunicación. Pero —no había que gastar demasiado cerebro en deducirlo—, la entrevista periodística a Juan Rulfo se transmutaría en la llave que me permitiría entrar a trabajar de reportero en aquel diario de la Ciudad de México.

Pensé con cierta alegría que ya tenía esa llave en la bolsa. El optimismo me agasajaba porque yo había sostenido con *el mejor narrador de América Latina* cierta relación que ahora adquiriría adjetivo de propiciatoria. Empezó más o menos cuando, en otro trabajo, un día vi a Rulfo entrar con, me pareció, pasos lentos y cansados. Dentro de mí podía referirme a él con esa familiaridad, Rulfo, porque en 1965 él ya era una vivencia cotidiana en las páginas culturales, las revistas, los suplementos, los programas de Radio Universidad, de la UNAM. Como personalidad y como material del periodismo, Rulfo me pertenecía con esa entrega imposible y constante con que se otorgan la obra y las referencias a los neuróticos que escogen como paracaídas la cultura, las artes. Todo autor es quizá más nuestro de lo que él quisiera por virtud de la hipertrofia informativa. Pero además, el escritor ya clásico, formaba parte del hilvanarme diario en la realidad y porque sus dos libros, su nombre, algún comentario acerca de la obra los intercambiaba con los compradores durante mi función de dependiente de la Librería de Cristal, sucursal Insurgentes y Baja California, en la capital del país.

La admiración que me causó verlo a unos cuantos metros disipó de mi imaginación al escritor. Pero al instante la imaginación se puso a reconstruirlo escuálido, chaparrito y con la cabeza demasiado asentada en el cuello y caída hacia adelante, como creo que la llevan quienes resienten de más el peso de su timidez. Dicen que uno ve en los otros lo que no ve o no quiere ver en sí mismo. Lo aprecié bajito y delgado a pesar de que yo entonces vivía muy achicado por mi fiel complejo de inferioridad y miraba al mundo desde abajo y siempre con el temor de que se me viniera encima. En fin, Rulfo portaba un traje gris más-bien-negro y suéter de color armonizante entre el saco bien llevado y la camisa pulcra. Las demás veces que lo miré allí en la librería, muchas, vestía así. No con las misma ropa, pero así.

Durante uno de aquellos ignotos encuentros me sorprendió observándolo desde la tronera que siempre ocupaba para contemplarlo. El se anclaba para curiosar en la mesa de novedades; también la circunnavegaba hojeando y ojeando libros y no recuerdo que haya comprado alguno. Nunca supe si su periplo tenía como fin adquirir algo para leer o sólo se ponía a consumir tiempo. Mientras yo lo miraba, pensaba y pensaba que podía decirle a cualquiera de los compañeros vendedores de mostrador “es Juan Rulfo, eh”. Lo impedía un inmenso miedo al ridículo que me emascuaba la lengua desde la infancia temprana.

Con una seña desinhibida y normal que podría parecer impropia al turiferario del mito, Rulfo me llamó desde la mesa de novedades. Domeñado por la vida con golpes de carencias, coacciones e infortunios, acudí a padecer el re-

proche por estar observándolo. El vasallo debe presentarse ante el señor en actitud sumisa y subyugado por la culpa con que lo atan desde niño. En el camino del delito hacia el castigo, mi falta de valor me reprochó la imprudencia de contemplarlo, aunque estaba seguro de que mi timidez creía que apenas me había permitido unas miradas de soslayo inermes, inocuas e ingrávidas.

—¿Me estaba observando?

La pregunta, ensamblada con inteligencia y delicadeza, la había compuesto Rulfo como una amplia salida para facilitarme un escape sin complicaciones, aun con un *no* mentiroso. Abrumado por la vergüenza no pude articular sintagma a pesar de que un “perdón” desteintermitentementellaba en mi cerebro como clave que me liberaría de una disculpa bien elaborada que las neuronas subdesarrolladas eran incapaces de armar. Rulfo comprendió que yo no podía enunciar ni una fórmula salvadora y que el rubor delataba mi inhabilidad, y entonces volvió a hablar. No había por qué preocuparse, etcétera.

Hizo una larga pausa. Bueno, más bien se recluyó en el silencio de quien no sufre la necesidad de hablar, el silencio que cada quien tiene derecho a edificar cuando le plaza. Yo no sabía qué hacer aparte de verme allí petrificado en la actitud del niño amonestado, con todo y mis veinticinco años de edad, mi paso por la escuela militar y el servicio en el activo de la Fuerza Aérea.

Con el fin de romper el largo silencio que nos ataba —es mi interpretación actual de aquel momento—, a pesar de que estábamos en la mesa de novedades de la librería y él había

hurgado en algunos libros, para dispersar la atmósfera que me asfixiaba, Rulfo preguntó cuáles novedades teníamos. La indagación simple, con palabras de consumo, le salió —es mi interpretación de aquel momento— en terrones, en tepetates llaneros que se atropellaban y desaparecían dejando el aire empolvado y arenoso. Quizá fue que empezaba yo a emerger de la obnubilación de los temores, las inseguridades, las cobardías, y de un inconsciente estupor ante el privilegio de hablar a Juan Rulfo y de ser oído por Juan Rulfo.

Le informé que acababa de llegar la segunda edición de *El Siglo de las Luces*, de Carpentier, publicado por la misma empresa propietaria de la Librería de Cristal; también teníamos —la inflexión verbal era de ausencia de clase proletaria—, teníamos como novedad la segunda edición de las obras completas de Neruda, en Losada; *Las palabras*, de Sartre; *La tregua*, de Benedetti; *El cuarteto de Alejandría*, de Durrel...; lanzaba destellos *Los Albañiles*, con el nombre de Leñero y la fajilla azul que lo pregonaba como Premio Biblioteca Breve 1963, de Seix Barral, pero no me atreví a mencionársela por la cautelosa delicadeza con que yo intentaba tratar el Universo para no provocar su destemplanza en mi contra.

—Déjeme ver *Las palabras*.

Lo pesqué y se lo entregué. Era un libro frágil a los sentidos a pesar de su potencia intelectual y espiritual, encuadernado a la rústica con sello editorial de Lozada. Lo cogió por el lomo con la mano izquierda y jugó a pasar las hojas con rapidez, liberándolas con el pulgar de la mano derecha. De aquellas manos un tanto frágiles habían salido obras maestras de la literatura mexicana.

—Ya lo leí —siguió Rulfo. Otra vez sus enunciados cortos, lentos y entre largas pausas, como si para convertirse en materia sonora hubieran tenido que recorrer un largo yermo oscuro, erizado de cactus y cubierto de polvo sin fondo. Tal vez eso los hacía parecer preñados de sentimientos indeseables, sentimientos como los de sus dos libros más grandes—. El mismo lo dice —se refirió Rulfo a Sartre—: sus libros huelen a sudor y esfuerzo.

Pensé en el Rulfo vendedor de llantas y el Rulfo huérfano; el Rulfo desempleado y el Rulfo víctima colateral del movimiento cristero. Me atreví a comentarme por dentro que la preñez de los enunciados de Rulfo y el aliento de sus palabras eran de amargura, de resentimiento, de algún “rencor vico”, como el de las personas que la vida prensa entre contradicciones ingentes, tales las de repudiar y agradecer, de amar la vida y saberse maltratado por ella, de saberse inmortal y mortal, de ser el gran escritor y tener que perder el tiempo hablando con un admirador de neuronas minusválidas.

Mi pensamiento, desde mucho antes poco hábil para seguir ideas multiplesimultáneas, apenas podía vérselas con las impresiones que le acababan de hacer Rulfo y sus palabras. No pude decirle al clásico-vivo que a mí el libro de Sartre me había parecido bello y luminoso, apasionado y abarrotado de razón. Lo consideraba consistente y preciso y, resplandeciente poder de la dialéctica, lo encontraba hermoso por su deliberada fragancia de hermetismo y un pequeñoburgués encanto de la anarquía que lo afiliaba al catálogo de las grandes obras de arte. Es un libro que enseña

a escribir con brillo y filo, que revalora los miasmas producidos por la búsqueda de claridad, y la legitimidad literaria de las anfractuosidades y la anfibología, habría comentado en alguna ocasión posterior en cualquiera de aquellas fugaces y disciplinadas entrevistas de trinchera a trinchera, casi de empleado de mostrador con cliente potencial. El candor provinciano es mellizo de la pedantería.

En las siguientes visitas de Rulfo a la Librería de Cristal ya no me sofocaba tanto la necesidad de acercármele. Lo abordaba con cierta confianza de que no le desagradaba mi presencia, de que no le resultaba adocenada. Si para un hombre grande es dificultoso condescender con un admirador distante, para un admirador cobarde, inseguro y penurioso es extenuante escalar hasta una personalidad de altura. Lo es a veces el sólo pensar en hacerlo. Entrecruzábamos con gotero algunos enunciados a la vera de la mesa de novedades bibliográficas. Miedoso, nunca pretendí hablar de sus libros. El nunca me mencionó nada relacionado con ellos. No me resultaba difícil admitir que yo no estaba diplomado para emitir juicios a la altura de la obra magnífica y eso favoreció que no me preocupara por traerla a la conversación goteante. De parte de Rulfo, sé que conmigo eludía hablar de su novela y sus cuentos para no comprometerme en elevaciones enrarecidas por la belleza y la inteligencia.

De cualquier manera, en el cuarto de azotea donde yo vivía allí cerca, en un edificio bajo de Benjamín Hill, rumiaba mi privilegio monstruoso de hablar con el constructor de Comala y sus presencias. A las once y media de la noche terminaba el turno en la librería y en mi cuarto amanecía

reconstruyendo no los diálogos barbotados ni las palabras brillantes o deplorables, sino el hecho mismo del encuentro, idealizado y congelado. Idealizado porque en la rememoración petrificada, estática, de fotografía que fabricaba mi mente, ni siquiera Rulfo era el Rulfo del encuentro, sino su imagen traída de quién sabe dónde, y, lo más lamentable, su imagen pizcada en alguna publicación impresa. Y yo, en la reconstrucción tampoco era yo, sino alguna imagen mía que me imponía el subconsciente, adecuada a mi necesidad de sobrestimar lo que de por sí merecía ser sobrestimado. Sin embargo, yo lo hacía con la enfermiza intención de achicarme más ante el privilegio. Más aún, creo que mis retorcimientos psicológicos devaluaban ante mí esa fortuna y por eso no llegué a apreciarla como debía.

Por otra parte, las condiciones laborales no fueron propicias para alargar mi circunstancial relación —no digo amistad— con Rulfo. La libertad es hija de la necesidad, como redescubrieron ciertos clásicos del materialismo. Y la necesidad se aprovecha para tratar a la libertad como hijastra deforme. La soterra en calabozos inmundos para acostumbrarla a la consunción que la debilita, la vuelve frágil, deleznable e irreconocible. Así, la libertad se va tornando en una sustancia ajena y hasta despreciable. Basta recordar a las “almas muertas” rusas de mediados del siglo pasado que no aceptaban la manumisión por creer que no podrían vivir sin el yugo, o los campesinos mexicanos de antes de la revolución de 1910. En fin, mi libertad de continuar aquel comercio de dificultosos enunciados con Rulfo fue destruida por la necesidad de un empleo mejor. Dejé el mostra-

dor-trinchera, mostrador-barricada, donde me defendía de la vida en la Librería de Cristal.

Acepté que mis magras punzadas de autoestima me llevarán a *El Día* porque creí ser reportero. Soslayé mi conocida ineptitud para el trato con el prójimo —apenas recién evidenciada en la relación con el gran escritor— y mi carencia de muchas otras capacidades; aunque me reconocía los aguijonazos de una tendencia siega hacia la libertad: la enajenación era opresora para el empleado librero con el horario de cuatro de la tarde a once y media de la noche y una jornada de descanso a la semana.

La urgencia de reconocermé libre y la neurosis de verme en la soledad e inhabilitado para vencerla —la timidez distancia de las ninfas, y la ignorancia de los posibles amigos— dispararon mi irreflexión a la búsqueda de aquel trabajo. He de recordar que meses atrás, al día siguiente de recibir la licencia ilimitada en la Fuerza Aérea había empezado a trabajar en la Librería de Cristal gracias a que adquirí el aprecio de uno de los gerentes, quien me identificó como cliente asiduo de la sucursal Alameda. Ese vínculo previo a mi licenciamiento de la FAM me llevó al empleo de despachador de libros de un día a otro, sin transición. Todo eso lo cuento para decir que así fue como respeté la integridad de los ahorros que aligeraron mi regreso a la vida civil y como me encontré en el camino del tema de este relato. Había permanecido destacado en el Hangar Presidencial, donde las compensaciones salariales y los sobresueldos junto con la soledad y la austeridad (hija del temor) me facilitaron una acumulación pecuniaria garante de la seguridad en caso de

requerir dar el salto mortal de un empleo a otro, como estaba sucediendo.

Ahora volvía a poner en riesgo los ahorros porque pensé, primero, que el riesgo no alcanzaba la alerta roja; luego, que el salto de la Librería de Cristal a *El Día* no era de los que reclaman red. Es decir, creí que conquistaría el nuevo trabajo sin dificultad. La juventud es ingenua, aunque venga del mundo de las carencias; o quizá debido a eso. Por lo demás, para inducirme solo, imaginé que el tiempo cotidiano dedicado al trabajo de reportero en la calle y el ambiente del periodismo digno serían el umbral, por una parte, de la Libertad —debidamente enmayusculada— y, por una parte, de la creación literaria que me esperaba con los lauros abiertos. Ya dije que la juventud es ingenua.

Después de pasar por secretarias, subgerentes y finalmente el jefe de redacción de *El Día*, llegué al punto crítico de La Prueba. Las fuentes de información que cubriría serían las determinadas por mis inclinaciones. Las que mostré fueron las literarias y las universitarias. Había invertido caudales de neurosis, soledad y —en la comprensible módica proporción— dinero, en lecturas y asistencias al teatro, a los conciertos y a los cineclubes universitarios y similares. Mi paracaídas hacia la tumba era la cultura, como dirían Vicente Freud y Sigmund Huidobro.

Por eso, pues, como parte de la primera jornada de prueba de admisión en *El Día*, debía entrevistar al gran escritor Juan Rulfo. No cabía la duda: el hado me mostraba un rostro propicio. Le complacía al destino ubicarme en feliz coincidencia. Las paralelas trazadas por la circunstancia (la libre-

ría), después de desaparecer, volverían al paralelismo, aunque efímero, favorable, a partir de que me presentara ante el inminente entrevistado, mi admirado Juan Rulfo.

La parte de la prueba tal vez imaginada en el periódico como la más difícil, gracias a mi antigua conocencia de Rulfo devenía el mejor augurio. De hecho, le hacían un favor al aspirante a periodista al mandarlo a entrevistar al mejor narrador de América Latina. Auspiciaban el rencuentro. El se había permitido una superficial relación, no digamos una leve amistad conmigo y en el periódico no lo sabían. La tarea, entonces, no me exigiría tampoco un esfuerzo psicológico desproporcionado. El ánimo para arriesgarme a no ser recordado ni reconocido por Rulfo cabía dentro de las fronteras que aceptaba mi pusilanimidad. Me prendí a una apócrifa confianza de que Rulfo podría recordarme. Me identificaría. Nuestro último cruce de palabras salidas de los asfixiantes, desolados y sombríos yermos de la represiones antiguas y los desencantos vigentes había ocurrido cuando mucho un mes antes. Rulfo debía recordarme, acordarse de mí, cómo no, el joven de la librería. La suerte que me coqueteaba reivindicándome tenía que ser completa. Ya podía considerarme en la nómina de reporteros de *El Día*.

Pensé que las doce sería una buena hora para encontrar a Rulfo en su oficina del Instituto Nacional Indigenista. El regocijo por la suerte de ser enviado a entrevistarle para el periódico me bullía en el pecho y se transformaba en sonrisa de felicidad limpia en los lugares solitarios por los que pasaba (no me fueran a ver sonreír). Abundaban en la ciudad de México en la primera mitad de los sesenta. La urbe

destellaba porque en esos años aún se asentaba en lo que seguía siendo —apenas comenzaba a dejar de serlo— la región más transparente. Al menos así me lo parecía por la fortuna del hecho promisorio, la posibilidad concreta —para vulgarizar un concepto de Lukács por aquel tiempo recién descubierto—, la posibilidad concreta del nuevo empleo y, consecuentemente, del desplazamiento por las calles sin la apenas abandonada obligación de entrar a las cuatro de la tarde a trabajar en la librería. Tal vez no iba a tener necesidad de echar mano del ahorro gracias al rencuentro fortuito y sus consecuencias. La próxima entrevista con Rulfo, pues, me iluminaba y lo iluminaba todo.

La novatez en el oficio me hizo calcular mal. La ciudad de México posmoderna, luminosa, limpia y acogedora ya engullía voraz el tiempo de quienes la poblábamos (aunque todavía no apachurraba al grado de estrés). Lugo de buscar a Héctor Azar en el Palacio de Bellas Artes con propósitos de comunicador diarístico empecé a correr tras las manecillas (o agujas) del Stilco cuadrangular, preocupado por la hora que unilateralmente había fijado para la entrevista con Rulfo. Frente al Palacio de Bellas Artes subí al autobús que llegaba hasta la Ciudad Universitaria. La persecución de las agujas (o manecillas) del Stilco me impidió disfrutar un primer encuentro, breve, con Rosario Castellanos en su despacho del Departamento de Prensa de la Universidad Nacional en el décimo piso de la Torre de Rectoría. Me atendió vestida de negro, con su pelo de un negro intenso —eran años finales del existencialismo— bajita y condescendiente, aureolada y sencilla.

Cerca de la UNAM se localizaba el Instituto Nacional Indigenista y llegué a la hora que me había propuesto. Transgrediendo los usos del aparato oficial, curiosamente, no se interponían obstáculos para llegar al despacho de Rulfo. De pronto ya estaba yo frente al autor de *Pedro Páramo*. En el rencuentro de los ojos y durante los brevísimos momentos que siguieron supe que me recordaba. Lo confirmó el saludo convencional que pronunció, algo así como *Cómo está*.

Ya me encontraba yo ante la presencia frágil del gigante literario y ni siquiera procedió una anagnórisis. Sin necesidad de revisar cicatrices, de descifrar enigmas ni mostrar señas de identidad Rulfo me recordó de inmediato. Sin sonrisa pero sin frialdad me reconoció al verme. ¡Rulfo me había reconocido a mí, ex dependiente de librería! Todo saldría bien, pues.

—Cómo no lo iba a recordar. Es un buen dependiente. Tiene puntos de vista sobre los libros que vende. ¿Qué se le ofrece?

Parecía ahora que sus enunciados lidiaban con menos dificultades para salir, aunque de todos modos no se desprendían con facilidad de las cuerdas vocales y se atropellaban en las partes del aparato fonador, el paladar, los dientes, la lengua, la cavidad nasal, etcétera; más que articularse, sus palabras forcejeaban con ellas. Finalmente, se exoriaban en los dedos que Rulfo se había instalado cerca de los labios al apoyar la cara en la mano y el brazo en el soporte de la silla de funcionario.

—Fui a buscar trabajo de reportero en *El Día* y me pidieron que lo entrevistara.

Los ojos de Rulfo se encogieron a causa de una crispación sólo perceptible por la intuición y destellaron con brillo atemorizante. Yo había aventado las palabras con lentitud de esfuerzo supremo, las había paleado desde una tumba donde las administraban las represiones, las incomprendiones, los desencantos. Mi forma lerda de hablar le dio oportunidad de controlar una ira que yo le habría provocado sin pretenderlo.

—Por qué quiere ser periodista.

—Me preocupan las necesidades del pueblo.

Lo dije y no era demagogia, pero también me seducía el trabajo de reportero porque lo consideraba como una vía para formarme como colaborador de páginas editoriales o de revistas con el fin de ganarme la independencia que permite escribir literatura.

—Preocúpese también de sus fantasmas —me recomendó Rulfo, anfibológico.

No capté el momento en que había acodado su brazo en el filo del escritorio y filtraba sus palabras con el dedo colocado entre la nariz y el labio inferior para cubrir el labio superior.

Los silencios que provocábamos eran tan densos y pesados como el ritmo de nuestros enunciados. Para entonces la entrevista me agobiaba tanto que en ese trance decidí frenar mi carrera de periodista y buscar otro trabajo. Como consuelo me atreví a hablar de algo que le perteneciera a Rulfo. Tendría también el propósito de congraciarme con él. Le dije que la ciudad donde nací tenía mucho de Luvina.

—En todas partes el desamparo es igual.

El comentario canceló cualquier explicación acerca de mi ciudad.

El siguiente largo silencio concluyó cuando me pidió la pluma y yo se la presté con la vergüenza de que era un bolígrafo no sólo barato, sino de tinta roja. De un despachadorcito tomó una tarjeta, de esas que más o menos miden doce por ocho centímetros y la sostuvo en su mano izquierda mientras hablaba para sí, no para el interlocutor.

—¿Sabía que hacerme una entrevista es la prueba que les aplican a quienes quieren ser periodistas?

La vergüenza me enmudeció. Es más, si hubiera intentado hablar, la vergüenza me habría atascado la garganta. Por supuesto, sin decirlo acepté ser despreciable por haber caído en el juego que ignoraba a pesar de picar en el mundo de la cultura y ser lector de revistas prestigiadas. Me hundí en el inmenso lago blanco donde mi cerebro caía con conocida frecuencia.

En el silencio Rulfo —con mi bolígrafo de tinta roja— se puso a escribir algo en la tarjeta. Luego dijo que yo no saldría de allí con la entrevista periodística pero sí con una recomendación para que Ramírez y Ramírez, director de *El Día*, me diera el empleo si con mi trabajo demostraba merecerlo.

Me despedí del escritor admirado con la naturalidad torpe que mi timidez permitía pero me llevaba un enorme desencanto de mí mismo. Más aún, me odiaba, me despreciaba hasta el masoquismo insatisfecho. Cómo carajos va uno, prófugo de barrio provinciano sin pavimento, ni drenaje, ni luz eléctrica, a saber que Juan Rulfo... Una amarguísima dosis de odio y desilusión de mí mismo me envenenaba.

Sin embargo, ya estaba. La tarjeta manuscrita por Rulfo sería la llave para ingresar en *El Día*. No cualquiera podía decir no a una solicitud razonable del escritor clásico-en-vida. En el camino lamenté no saber liberar mi efusividad para haber agradecido en la medida debida la gran solidaridad del genial Juan Rulfo para conmigo. La cartulinita autografiada por él —de esto llevaba yo plena conciencia— permitiría que me introdujera al periodismo más importante de la nación, obviamente, el de la capital de la república. Quién sabe de cuántos no sería ése el sueño máximo, y el mismo para mí sería una realidad gracias al breve recado de Rulfo, de Juan Rulfo.

Por sinuosidades impredecibles mi buena suerte se esforzaba en evidenciarse. Ciertamente que no me agradaba totalmente la forma en que ahora se había manifestado, pero de cualquier manera llevaba al fin pretendido. Por lo demás, yo iba enternecido hasta la contención de las lágrimas por el gesto solidario, la generosidad ingente del famoso escritor, del artista.

Pasé un rato de la tarde tirado en el camastro de cuarto de azotea contemplando la tarjeta, releyéndola, divagando en torno a ella, aunque sin poder concederle un significado más allá del fin prefijado por Juan Rulfo. El destino de la cartulinita autografiada por el mejor narrador de América Latina era quedarse con Enrique Ramírez y Ramírez, director de *El Día*. Y en ella Juan Rulfo había escrito dos veces mi nombre (bueno, la segunda sólo mi apellido) para que el destinatario, si le parecía, me diera empleo. Es decir, yo podría obtener el trabajo a cambio de la tarjeta. Mi nuevo trabajo, para serlo, dependía del documento.

Allí vino la iluminación. No me extrañó que llegara tan tarde. Ya he dado pincelazos para mi autorretrato de hombre lerdo y de lento aprendizaje. Fuera medievalismos: el autorretrato es el más alto decibelaje de la voz del ego. Total: la tarjeta *era valiosa para mí porque lo sería para cualquier admirador de Juan Rulfo*. Pero, maldita contradicción, debería entregarla si quería el empleo. Si no respetaba su destino, como corresponde en las tragedias, los dioses me castigarían, borrarían de mi futuro el trabajo al que aspiraba. En palabras directas, si no entregaba el documento sería para mí el autógrafo del gran escritor (valioso además como testimonio de su solidaridad y de su generosidad) pero a la vez me quedaría sin el empleo pretendido; por el contrario, si lo ponía en manos de su destinatario obtendría el trabajo pero me quedaría sin todo lo que era: autógrafo del, sin duda, mejor narrador de América Latina. Empecé a sentirme personaje de Gógol, Dostoyevski o Dickens. El autógrafo de Rulfo era mío, pero tenía que deshacerme de él en el patetismo de la sobrevivencia de un ser pusilánime, dotado de buena suerte pero desempleado.

Llegó la hora de presentarme en la Redacción de *El Día* para escribir las notas. En el autobús que me llevaba releí el manuscrito de Rulfo cuyo destino era quedarse con el Director:

*Sr. Diputado Enrique Ramírez y
Ramírez
Muy querido licenciado y amigo:
El señor Saúl Rosales, portador
de la presente, desea ser periodista
y precisamente en "El Día". Como yo,*

*usted y todos sabemos esto ya se ha
convertido en síntoma, más que sistema
para probar la capacidad de algunos
periodistas.
Como tú ya lo sabes, siempre he*

Allí termina el texto autógrafo de Rulfo por el frente de la tarjeta. En la otra cara continúa:

*estado dispuesto en lo que tú
mandes y gustes; pero también
(y en eso estarás de acuerdo conmigo)
soy una papa para eso de las entrevistas.
Yo te suplicaría que no hicieras
pasar al señor Rosales por tales tortu-
ras y, si tiene verdadera afición perio-
dística, le dieras el trabajo en lo que él
sabe hacer: Con un abrazo sincero JRulfo*

La relectura reforzó la decisión que yo llevaba. Lo que decía el documento y el hecho de que fuera autógrafo de Juan Rulfo, para un provinciano inoculado de roamanticismo eran bienes más valiosos que un empleo asalariado. No-entregaría-la-cartulinita. No lo haría a pesar de que eso significara no acceder al trabajo por no haber logrado la entrevista periodística. Acepté de antemano —con otras de mis prendas, el fatalismo—, no haber podido conquistar el empleo.

Con esa conciencia asumí actuar como personaje de Gólgol, Dostoyevski o Dickens que se deja ir, prendido de su valiosa posesión espiritual, al melodrama del desempleo, del hambre, de la persecución por el casero, de la soledad. Conservaría para mí la cartulinita blanca de más o menos

Sr. Diputado Enrique Ramírez y
 Ramírez.
 Muy querido licenciado y amigo:
 El señor Saúl Rosales, portador
 de la presente, desea ser periodista
 y precisamente en "El Día". Como yo,
 usted y todos sabemos esto ya se ha
 convertido en síntoma, más que sistema,
 para probar la capacidad de algunos
 periodistas.
 Como tú ya lo sabes, siempre he

estado dispuesto en lo que tú
 mandes y gustes; pero también
 (y en eso estoy de acuerdo conmigo)
 soy una papa para eso de los entervistas.
 Yo te suplicaría que no hicieras
 por el señor Rosales por tales tortu-
 ras y, si tiene verdadera afición perio-
 dística, le dieras trabajo en lo que él
 sabe hacer.
 Con una atura sincera *Rulfo*

ocho por doce centímetros. Era un autógrafo de Rulfo, tenía
 su firma, su rúbrica, me mencionaba dos veces (la segunda
 sólo el apellido). No la cedería ni a cambio de oro y, al morir
 en el abandono, alguien encontraría el infimoingente docu-
 mento en una bolsa interior de mi ropa, por supuesto, a la
 altura del corazón.

Por lo demás, con el realismo que impone la necesidad, podría conseguir otro empleo. Cuando pedí licencia ilimitada en la Fuerza Aérea lo hice porque previamente decidí trabajar en lo que fuera, aun de cobrador de autobús de segunda, limpiador de cortinas metálicas de los negocios, dependiente de tienda de abarrotes o cualquier otra brillante oportunidad de las proporcionadas por el (robusto) desarrollo estabilizador de la patria cantado por el gobierno y sus jilgueros.

Si no ingresaba a *El Día* lo intentaría en otro periódico, en otra librería, en una imprenta. De lo que se trataba era de no entregar, ni siquiera exhibir ni mencionar la tarjeta autógrafa de Rulfo. La volví a guardar en la bolsa interior izquierda del saco de reportero nonato.

En alguna máquina de escribir de la redacción de *El Día* me puse a escribir las notas. Como sólo eran cuatro o cinco, breves, de consumo, terminé pronto y se las llevé al jefe de redacción. Mientras él las leía y releía pensé de nuevo que ese era el periódico en el que me gustaría trabajar: apoyaba a la Revolución Cubana, trataba con objetividad la información de la guerrilla izquierdista sudamericana, incluía un buen suplemento cultural los domingos (al que yo podría llegar alguna vez).

¿Debería enseñarle la tarjeta de Rulfo al jefe de redacción antes de que levantara la cara para reprobarme?

Además de un momento a otro advertiría que yo no llevaba la entrevista a Juan Rulfo.

Yo debería enseñarle la tarjeta y luego entregarla al director, si quería el empleo.

Considerando en frío, sin romanticismos, me urgía el empleo.

Sin embargo la admiración azuzaba a la codicia. La codicia de ser poseedor de un documento autógrafo de Juan Rulfo.

No sé por qué el jefe de redacción tardaba en la revisión de las notas, en decirme algo.

¿Se estaría acordando de que había escrito en la orden de trabajo que me entregó en la mañana: entrevistar a Juan Rulfo? ¿Lo habría olvidado? En circunstancias como esas el fatalismo sometía todos mis impulsos, me entregaba a las fuerzas externas. Aunque, con optimismo, podría pensarse que el paréntesis de vacío y espera se debía a que la suerte estaba aportando tiempo para animarme a mostrar la tarjeta, para que la usara como pasaporte al paraíso del empleo asalariado, para animarme a decir, contra mi decisión, Rulfo me dio esto para el director, léala. En seguida se la voy a llevar al director.

Finalmente habló el jefe de redacción. Dijo que mi sintaxis alcanzaba a ser aceptable aunque debía mejorarla, que debía cuidar más la estructura de la nota, que contara con el empleo y que cobraría desde esa fecha.

Sin arriesgarla, la tarjeta autógrafa de Rulfo se quedaba conmigo. Se quedó conmigo y empecé a trabajar de reportero en *El Día*.

Duré poco tiempo. Con mi timidez ese trabajo me resultó una tortura, ningún estímulo resultó superior a mi endeblez psicológica. Con el tiempo atrapé otros empleos y participé en otras actividades y finalmente —menos autista—

regresé a la ciudad de la querencia y al barrio de calles sin pavimentar etcétera. El precario desarrollo de la comarca abrió, aunque escuálidas, oportunidades similares a las de la ciudad de México, unas remuneradas, otras no: clases de literatura y periodismo, colaboración en diarios y revistas, participación en el aceleramiento organizativo de grupos políticos disidentes y en el despegue de una literatura, no con mi obra creativa sino con mi información que encontró oídos receptivos. Entre todo, guardaba celosamente la tarjeta autógrafa de Rulfo.

Una autocrítica que durante mucho tiempo actuó como disfraz de mi temor al ridículo, de mi inmensa inseguridad, me impidió durante decenas de años contar esta anécdota de la solidaridad de un genio.

¿La tarjeta?

La conservo. Y ahora también me pregunto qué haré con ella.

Es un autógrafo de Rulfo.

ECOS DE COMALA Y EL LLANO

El diccionario al que los hablantes le conceden mayor autoridad pero que él no ostenta y que no coacciona a nadie —y que sin embargo es el más atacado— define la eufonía desde las facultades de la palabra. Así, eufonía es “Sonoridad agradable que resulta de la acertada combinación de los elementos acústicos de las palabras.” El sustento etimológico inmediato que proporciona el diccionario remite al latín tardío *euphonia*. Al leer esa definición puede pensarse pronto en la obra escrita de los poetas, para algunos, por el atractivo de las rimas; para otros, por los acentos de la métrica y los juegos sonoros agazapados en el interior de los versos. Adelantemos que también en la prosa se consiguen efectos eufónicos. Pero volviendo a la obra de los poetas, se pueden encontrar ejemplos de “combinación de los elementos acústicos de las palabras”, con intención estética, desde el nacimiento de la poesía española en las jarchas mozárabes anteriores a 1450.

Eufonía mozárabe

El propósito de crear eufonía se ve en las jarchas que incluyó Margit Frenk Alatorre en su libro *Lírica hispánica de tipo popular*. Muchas veces el ludismo fónico es elemental como en la monorrima:

*En Cañatañazor
perdió Almanzor
el atamor.*

La rima se vuelve pareada y consonante en otro ejemplo:

*A los baños del amor
sola me iré
y en ellos me bañaré.*

Asonante y pareada se aprecia en

*Envíame mi madre
por agua sola
¡mirad a qué hora!*

De rima alterna y con *repetición de una palabra* se presenta el siguiente caso:

*A coger amapolas
madre me perdí
¡caras amapolas
fueron para mí!*

Por sus cuatro versos pareados y asonantados, de variedad distinta resulta

*Dentro del vergel
moriré
dentro del rosal
matarme han.*

Eufonías de López Velarde

Al pasar de los siglos el poeta incorporará en su oficio, como tarea de virtuosismo, encontrar diversas formas de eufonía. El más grande poeta mexicano del siglo XX, Ramón López Velarde, expresará las inquietudes de su vida interior mediante combinaciones de los elementos acústicos de las palabras no sólo por las variaciones de las rimas —en las que es magistral— sino por recurrir a los ecos de los fonemas y los morfemas no nada más presentes al final de los versos. Son tales ecos los que aquí interesan porque los mismos efectos físicos y estéticos se encuentran en el genial poema (para mí, poema) *Pedro Páramo*, de Juan Rufo.

En la región de Comala y La Media Luna —del poema de Rufo— habitan ánimas en pena que viven los ecos de sus palabras enunciadas en ocasiones a plena voz, en ocasiones como murmullos o susurros. Sus toques de eufonía son como los de Ramón López Velarde en el poema “La bizarra capital de mi estado” donde se siente como redoble “el ánima del ánima” de la campana madrugadora.

Es pródigo el poeta López Velarde construyendo eufonías mediante la repetición no sólo de palabras como la citada en el párrafo anterior. En el poema “Qué será lo que espero”, donde además de construir ecos con palabras repetidas como en “blanda que eres entre todas blanda”, ofrece la eufonía con la copiosidad de un fonema (letra), al invocar a su amada:

con una a colmada de presentes
con una a impregnada
 [...]

*¡ara mansa, ala diáfana, alma blanda
fragancia casta y ácida!*

En el estremecedor poema “Hoy como nunca”, Ramón López Velarde produce el eco de toda una construcción léxica (“pañó de ánimas”) similar a la repetición de frases de una obra musical:

*Mi espíritu es un paño de ánimas, un paño
de ánimas de iglesia siempre menesterosa
es un paño de ánimas goteado de cera
hollado y roto por la grey astrosa.*

El también autor del elogiado y elogiabile poema “Suave patria”, así como hace eco al calcar toda la construcción “un paño de ánimas”, lo hace al crear aliteraciones no exactas pero de igual sonoridad eufónica. En el extraordinario poema “Mi corazón se amerita” hace resonar “las ineptitudes de la inepta cultura”. Pero como su genio puede surtir copiosamente ecos eufónicos, en “Memorias del circo” nos procura la siguiente frecuencia:

*surtía un abundante
surtidor de sonidos
acuáticos, para la sed acuática.*

En fin, no se puede concluir una referencia a los efectos ecoicos en la poesía de López Velarde sin citar el famoso verso donde destila el morfema go:

goteando su gota categórica.

Pero en el mismo nostálgico poema, “El retorno maléfico”, son copiosas las aliteraciones: *cubo de cuero; nuevas renovando / con sus noveles; recientes recientes; ubérrima ubre; amor amoroso / de las parejas pares; humildes como humildes coles.*

Eufonía ecoica de Pedro Páramo

En la poesía versificada, las diversas maneras de construir aliteraciones con intención eufónica sirviéndose de un fonema (letra), de un morfema (sílabo o segmento significativo), de una palabra o, en fin, de una construcción de varias palabras se encuentran en la novela o poema (narrativo) *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. (Si algunos compositores de música grande han sumado a sus obras poemas sinfónicos, los escritores como Rulfo podrían crear sinfonías verbales.) *Pedro Páramo* es una novela (una sinfonía verbal) llena de sonoridades novedosas, como las de alguna música grande del siglo XX. Quizá tenga algo que ver que Rulfo escribía lo que publicaría en libro en 1953 y 1955, mientras, sin duda, en Radio Universidad de la UNAM se podía escuchar la música de Arnold Schoenberg y compañía.

No estaría de más acopiar algunos ejemplos de cómo en el *Quijote* Cervantes entona atonalidades y aliteraciones armoniosas. En el prólogo, el anónimo amigo del autor al reprocharle que se preocupe porque la obra es seca como un esparto se extraña de que no encuentre solución para ello y antes de darle consejo le dice que se acaba de “desengañar de un engaño”. Al empezar la novela, don Quijote “se armó de todas sus armas” y el ventero mira la figura del Caballero

de la Triste Figura “armada de armas”. En la misma venta, unas mozas atienden a don Quijote y él habla de descubrirse ante ellas “fasta que las fazañas fechas”, etc. En el pasaje del criado Andresillo, don Quijote amenaza al patrón “so pena de la pena”, etc. Cuando la sobrina le cuenta a maese Nicolás cómo enloquece su tío don Quijote menciona “el sudor que sudaba”. Por esas páginas el narrador aclara que el cura se llama Pero Pérez. En fin, durante la quema de libros, el barbero dice que Miguel de Cervantes es su gran amigo y comenta que “es más versado en desdichas que en versos”.

Dos nombres clave de la novela pueden anunciar la voluntad de Rulfo de escribir una narración eufónica, son estos el propio nombre del cacique Pedro Páramo, título del libro, y el de su amada Susana San Juan, en el cual palpitan con armonía los fonemas s, a, y n: Susana San Juan.

La novela (o poema) *Pedro Páramo*, obra copiosamente aderezada con aliteraciones, ecos, calcomanías léxicas, existe porque Juan Preciado debe ir a buscar a su padre por orden de su madre Dolores Preciado y, al llegar a Comala, dice: “mi cabeza venía llena de ruidos y de voces”. Es decir, llevaba en su cabeza los ecos de ruidos y voces que habían sido hechos físicos en el pasado y que ahora poblaban —como sonidos imperecederos— su cabeza. La narración en seguida exhibe un ejemplo de repercusiones que pertenecen a la historia narrada y otras resonancias, las que surgen de la voluntad autoral. Para decirlo de otro modo, las muestras de eufonía son parte de la voz de los personajes; en otros momentos, de un narrador. Después de que el hijo de Dolores reitera que su cabeza venía repleta de voces, recuerda enunciados

de su madre copiosos de ecos que son calcos exactos o un tanto deformados. En las palabras de Dolores que recuerda su hijo suenan y hacen reverberaciones los vocablos más-más, cerca-cercana, voz-vez-voz, muerte-muerte, alguna-alguna. Así suenan los ecos, eufonías o aliteraciones en lo enunciado por la mujer a su hijo: “Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz.”

El eco es usado y nombrado por los personajes de *Pedro Páramo*, incluido el narrador. Esto sugiere que el autor, Rulfo, tiene la voluntad de aprovechar el juego de la eufonía en su narración. Desde el primer párrafo tañe esa intención en las aliteraciones. Con las siguientes palabras termina esa parte inicial: “Entonces no pude *hacer* otra cosa sino *decirle* que así lo *haría*, y de tanto *decírselo* se lo seguí *diciendo* aun después de que a mis *manos* les costó trabajo zafarse de sus *manos* muertas.” Me permití la redundancia de poner en cursivas las palabras que hacen aliteración: decirle, decírselo, diciendo, manos, manos.

Tras las aliteraciones atonales o armónicas de las primeras líneas vendrán incontables ejemplos como los del mismo título de la novela y los nombres de notorios personajes, como apunté antes: Pedro Páramo, Susana San Juan. Es prosa ecoica la de *Pedro Páramo*.

El eco —la repetición de sonidos— es tan importante en esta obra de Rulfo que las sombras lo producen en Comala. En su deambular por la población, Juan Preciado oye ruidos, voces, rumores, canciones, la voz de su madre descri-

biéndole las madrugadas del pueblo, carretas remoliendo el silencio de las calles y, como colofón de asombro: “El eco de las sombras.” Quizá por ello a veces la musicalidad de las palabras es sutil como en el pasaje en que, tras su encuentro, el arriero Abundio y Juan Preciado caminan “oyendo el trote rebotado de los burros”. La sonoridad de las vocales, las vibraciones de unas consonantes y las leves explosiones de otras son fenómenos eufónicos como de fantasmas que con unas y otras dejan percibir el trote y los rebotes. Tal vez el lector reciba, sin notarlo por su brevedad, los efectos sonoros de los fonemas pero puede apreciarlo en morfemas de sonido prolongado como puede suceder al recorrer un párrafo de una de las páginas iniciales (la 10, en mi edición de 1964) en cuyas trece líneas se suceden los vocablos retrato (dos veces), mas también retratarse, retratos; “agujeros como de aguja” y la palabra corazón, dos veces.

Dos páginas adelante tienen resonancia palabras del personaje narrador Juan Preciado: “sus ojos eran como todos los ojos”. “Y que si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio”.

Hay, pues, en la novela de Rulfo, un gusto por hacer ecos con sonidos fonéticos, a veces con variaciones de una palabra y a veces repitiendo algún término. Por ejemplo, Dorotea le dice a Juan Preciado que ella y Donis, en la plaza, lo arrastraron hasta la sombra del portal porque lo encontraron acalambrado, “como mueren los que mueren muertos de miedo”. El enunciado de Dorotea tiene la resonancia del vocablo *mueren* y la palabra aliterante *muertos*. Ecos foné-

ticos de palabras iguales o de derivaciones de alguna son abundantes en el gran poema *Pedro Páramo*.

Ya advertí antes que los ecos eufónicos los surte Rulfo con unidades como el fonema, el gramema o el morfema, pero también en construcciones breves o dilatadas que son del gusto del autor y de sus personajes. Juan Preciado narra su encuentro con Eduviges Dyada y entre la reproducción del diálogo que comparte con ella, enuncia: “Ya no supe qué pensar. Ni ella me dejó en qué pensar.” (¿Qué pensar de la repetición qué pensar?)

Una construcción de tres palabras, no de dos, como la anterior, aparece también en un discurrir de Juan Preciado durante la escena en que permanece de huésped en la casa de los hermanos incestuosos: “Como que se van las voces. Como que se pierde el ruido. Como que se ahogan.” Así narra Juan Preciado, con la anáfora de algún pícaro son folclórico.

La voluntad de Rulfo de escribir una narración eufónica puede seguir evidenciándose con el siguiente recuento de aliteraciones: Eduviges invita a Juan Preciado a comer: “Algo de algo.” Pedro Páramo dice que “cada vez que pensaba, pensaba” en Susana San Juan. El mismo cacique ve la sombra de su madre “en pedazos, despedazada”. El mismo, cuando niño, al cuidar al hijo del telegrafista dice: “Me paso paseándolo.” En alguna página vuela un pájaro que “gimió con un gemido desgarrado”. Susana San Juan le platica a Damiana Cisneros que el día que murió su madre estuvo “rezando rezos interminables”. El narrador describe a la lluvia “hirviendo en su propio hervor”. En otra descripción el viento “hacía crujir las tejas en los tejados”. En fin, el na-

rrador hace ver al Gamaliel con “los borrachos, emborrachándose con ellos”.

Durante la búsqueda de su padre, Juan Preciado es encontrado por Damiana Cisneros, de quien le había hablado su madre. Como parte de la anagnórisis, ella le dice que lo conoce desde que abrió los ojos, pero lo pertinente ahora es que ante el desasosiego de Juan por gritos alarmantes que ha escuchado, Damiana le dice: “Tal vez sea algún eco que está aquí encerrado.” El término “eco”, pues, es vocablo recurrente en los enunciados de los personajes y es elemento eufónico rulfiano en el poema.

Páginas adelante, mientras cruzan Comala, Damiana sigue hablando y su primer enunciado es: “Este pueblo está lleno de ecos.” Y en la propia plática ella misma va creando algunos al continuar: “Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes [...]”. Encerrados, repetiríamos haciendo eco, a veces de manera sutil, como el suave eco escondido en la palabra *hueco* que Damiana acaba de pronunciar, pero también encerrados pero evidentes como en sus siguientes palabras: “Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír [...]. Todo eso oyes.”

Once líneas adelante (en mi edición 1964, del FCE): “Sí —volvió a decir Damiana Cisneros—. Este pueblo está lleno de ecos.” Unos pocos enunciados más adelante de su plática tachonada de aliteraciones (ecos), Damiana tranquiliza al hijo de Dolores: “[...] no te asustes si oyes ecos más recientes, Juan Preciado”.

Al terminar este segmento del poema *Pedro Páramo*, Damiana desaparece. Juan Preciado dice que se encuentra solo

y grita el nombre de Damiana Cisneros. “Me contestó el eco: ‘¡...ana ...neros...! ¡...ana ...neros...!’”

Y, al comenzar el siguiente segmento, el hijo de Dolores Preciado ve a un hombre cruzar la calle.

“—¡Ey, tú! —llamé.

“—¡Ey tú! —me respondió mi propia voz”

En El llano en llamas

Tras la tormenta de entrecomillados que me he permitido dispensar, puedo afirmar que Rulfo usa con frecuencia el juego ecoico en el que mediante los ojos que se deslizan por las palabras se complace el oído, tal como sucede en la poesía desde las jarchas mozárabes hasta los poemas de este momento. Así lo había hecho el narrador jalisciense desde las narraciones cortas de *El llano en llamas*. Las armonías y atonalidades que aderezan la novela *Pedro Páramo* habían sido anunciadas desde los propios títulos de sus primeras obras. Se acaban de ver-oír apenas unas palabras atrás: llano llamas, Pedro Páramo. Las aliteraciones atonales o armónicas irán más allá de los nombres como los de Lucas Lucatero y la pareja Natalia-Tanilo. Se encontrarán de forma copiosa en el cuerpo de algunas narraciones.

En los dos primeros párrafos del primer relato de *El llano en llamas*, “Nos han dado la tierra”, suena una prosa ecoica que, como en *Pedro Páramo*, solazará con efecto sinestésico los ojos y los oídos del lector en tanto lo estrujan historias de vidas siniestradas. El narrador de la tierra cubierta de tepetate cuenta que él y sus compañeros han caminado sin encontrar “ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol,

ni una raíz de nada”. Estos *ni una, ni una, ni una* son sólo un ejemplo de las variadas sonoridades.

Unos párrafos adelante el lector-escucha encontrará una aliteración parecida a la que construye Eduviges Dyada en *Pedro Páramo*. En la novela ella le dice a Juan Preciado: “Ven a tomar antes algún bocado. Algo de algo.” Y el narrador de “Nos han dado la tierra” dice en una secuencia de varias aliteraciones: “sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña”. Algo de algo tal vez retoñe.

La prosa ecoica de Rulfo en *El llano en llamas* resonará con muchos más ejemplos de los que en seguida transcribo para concluir: “andar en andanzas”, “asoleándose en el solar”, “suspirando como se oye suspirar”, “les [las] aguantó todo lo que pudo; pero más tarde ya no pudo aguantarlas”, “Terminaré de subir por donde subió, después bajaré por donde bajó”, “Me gusta matar matones”, “dijeron los díceres”, “desenterrando terrones”, “ponerlo todo nuevo de nueva cuenta”, “se calentaba en seguida con el calor”, “el cuerpo flojo y lleno de flojera”, “comiéndome la comida”.

Como es copiosa la cosecha que espera al lector en el llano, apuntaré otra copia de ejemplos: “a ver qué toritos toreamos”, “Voy a ver qué fue lo que fue”, “miramos por la mira”, “Ahi se lo ahiga”, “sicuas secas”, “Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y otra vez venía”, “Lo apretaló bien apretado”, “Solos en aquella soledad de Luvina”, “Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre”, “dime si no oyes alguna señal de algo o si vez alguna luz en alguna parte”, “clavándose dentro de uno como un clavo que cuesta trabajo desclavar”, “Un bueno de bondad”.

En sus respectivos contextos todas las anteriores aliteraciones elevarán una prosa eufónica que será disfrutable si el lector-escucha se dispone a gozar una música atonal y armoniosa a la vez que discurre por la tortuosidad de las historias de los tortuosos personajes.

ALLÍ EN EL LLANO EN LLAMAS

Con frecuencia se dice que la relectura de un libro gratifica con revelaciones que no se habían percibido en lecturas anteriores. Es fácil comprobar esa afirmación. La relectura, es cierto, permite a la obra ofrecer nuevos motivos de encantamiento, algunos desde su profundidad y otros desde su epidermis.

En una relectura reciente de *El llano en llamas*, del genial Juan Rulfo, misma que me propuse hacer con el propósito de escribir algo para rememorar el aniversario de su nacimiento ocurrido el 16 de mayo (1917), me entretuve con un tema epidérmico: la presencia del adverbio de lugar *allí* en comparación con la de su cuate *ahí*.

Una observación semejante ya me había entretenido en las relecturas de algunos libros de Cervantes —por supuesto, incluido el *Quijote*— y también en *Obras completas*, de Sor Juana. Como producto de mi indagación superficial de aquellos libros publiqué algunas estadísticas del uso del *allí* y el *ahí* por El Príncipe de las Letras y La emperatriz del Idioma. Allí el *ahí* sale perdiendo.

Se me ocurrió que el *allí* casi está abandonado en favor del uso copioso de su símil más barato, el *ahí*. Más barato porque fonéticamente *ahí* requiere menos esfuerzo que *allí* en el aparato fonador. Se puede decir que el genial Rulfo escribió cuando todavía el *ahí* no derrotaba al *allí*.

Estudiarlo revelaría la precisión con que el narrador jalisciense los usa.

Del recuento en las obras de Cervantes y Sor Juana pude concretar los siguientes números: en el prólogo del *Quijote*, el *ahí* aparece 2 veces; el *allí*, ni una. Pero viene una desproporción inversa en la primera parte de la gran novela: *allí*, vibra ¡259! veces; *ahí*, sólo 39.

En la segunda parte del *Quijote* resuenan 161 *allí* y sólo 35 *ahí*. En otra de las obras de Cervantes, el volumen de *Novelas ejemplares*, el *allí* repiquea 326 veces; el *ahí*, sólo 10. En los entremeses cervantinos, obra menos voluminosa, suenan 15 *allí* y sólo nueve *ahí*.

Nuestra Sor Juana, en su *Respuesta a Sor Filotea*, hace repicar el *allí* 5 veces; el *ahí*, solamente 2. En otras obras de La Americana Fénix, como comedias, loas, sainetes y la *Carta atenagórica*, el *allí* resuena 5 ocasiones; el *ahí* aparece sólo una vez. Como se ve, en los tiempos de Cervantes y de Sor Juana no era discriminado el *allí* como sucede ahora.

Ahora vayamos a *El llano en llamas*, del genial Rulfo. Anotaré sin análisis las estadísticas que coseché en ese libro de cuentos. Es decir, no me detengo a considerar las peculiaridades del uso del *allí* y el *ahí*. No me pongo a discurrir si atiende a algunas consideraciones etimológicas que dicen que *ahí* procede del latín *ad hic*, con el significado de este lugar; y *allí*, del latín *ad illac*, que significa por aquella parte.

Quizá lo que vale la pena tener en cuenta es que el *ahí* aparece sobre todo cuando, en diálogos de sus personajes, Rulfo recrea el habla rural; sus narradores, pueblerinos o no, muy pocas veces lo hacen. El uso del *ahí* es notorio en

la narración “Paso del Norte” donde se escucha hablar a un campesino a quien el hambre impulsa a emigrar. Se lee —se escucha— seis veces el *ahí*, aunque se cuelan dos *allí*.

Otras narraciones donde se encuentra el *ahí* son “Diles que no me maten” (dos veces) y “Luvina” (una vez). La primera es a base de diálogos y aunque la segunda es igual, se escucha más bien como monólogo. En fin, en el libro *El llano en llamas* el recuento del *ahí* (en ocasiones como *ahi*) suma sólo diez veces. El *allí* resuena ¡142!

Al final aquí sólo aspiro a recordar una obra y un autor —en su cumpleaños— que dan presencia a la literatura mexicana en el contexto de la literatura universal. Rulfo publicó el libro de narraciones cortas *El llano en llamas* en 1953 y la novela *Pedro Páramo* en 1955. Ambos libros, dice mi edición de *El llano...* en Editorial RM, “lo consagran como un clásico de la lengua española”.

Siglo Nuevo. 14 de mayo de 2022

PRIMITIVISMO PEDROPARAMERO

Entre los muchos reconocimientos que Juan Rulfo recibió por su obra literaria genial, apunto que un 9 de julio de 1976 fue elegido como Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua. Así, tenemos un motivo que añadir a las celebraciones de su centenario en este mes canicular.

Por ello comentemos que *Pedro Páramo*, su estrujante novela, es como toda obra literaria mayúscula, una fuente inagotable de gozo para el lector y para quien con escalpelo indague en sus entrañas y exprese puntos de vista que surjan de mente común, de mente especializada o de mente ingenua.

La novela, de hondo tono poético, es un piélago, no un páramo de primitivismo, un recuento de maldades, una floración de perversidad y perversiones desde el principio, cuando la madre de Juan Preciado, con un profundo rencor, impulsada en sus momentos últimos por el instinto de venganza, le exige que cobre caro a Pedro Páramo el olvido en que los tuvo.

A partir de ese deseo de venganza, impulso primitivo, se pueden ir eslabonando situaciones en las que brotan conductas prerracionales similares a las que nos surgen a todos los seres humanos. Pero vayamos a los seres humanos que Rulfo crea en su novela-poema *Pedro Páramo*.

Los entes de ficción que Rulfo traza se disocian física y metafísicamente y en el hechizo de su arte literario vemos por un lado los cuerpos, *materiales*, aunque sean muertos o vivos, habitando la corteza terrestre; o, igual, los vemos en sus —como se dice a veces— despojos; en sus restos, en fin, en otra forma de materialidad, poblando tumbas de un cementerio antiguo.

Por el lado metafísico, vemos las almas de aquellos muertos viviendo sus fantasías, sus sueños, sus temores (algunos muertos se asustan con los fantasmas de otros muertos), sus ilusiones, sus rencores, sus pensamientos y sus expresiones vocales subsistentes en el espacio y en el tiempo. Y así miramos a cada uno de esos seres antes vivos, luego muertos y luego considerados, observados y comentados por sus propias almas ya desprendidas de los cuerpos a los que pertenecieron.

En fin, cada *muerto-fantasma-recuerdo-voz subsistente en el no tiempo de la novela*, tiene su mundo metafísico y su vida; habla de ellos como los humanos hablan de sí y de su mundo material y de su mundo metafísico.

Pero veamos que, en el mundo material o en el mundo metafísico, los habitantes del universo de la novela *Pedro Páramo* son también habitantes del primitivismo. Por ejemplo, Miguel, el muy joven hijo de Pedro Páramo, ha asesinado y hasta estuprado a la hija de su víctima. Doble primitivismo aquí, el homicida y el sexual; aunque éste, también, doble primitivismo de parte de la hija porque se entrega con docilidad concupiscente al asesino de su padre.

Aparte de los abundantes homicidios (expresión de primitivismo) el primitivismo regido por el impulso sexual o sensual lo retrata Rulfo en el gozo de Susana San Juan que disfruta dejarse poseer por el mar totalmente desnuda; lo retrata en la felicidad de Dolores Preciado que aunque ha pretextado: “Me toca la luna”, para aplazar la cópula nupcial con Pedro Páramo, intenta bajar la luna más pronto con el agua caliente de un aguamanil. Quizás otro de los primitivismos extremos de la novela sea el incesto de Donis y su hermana. Creo que el primitivismo es un rico tema por explorar y explotar en la gran novela que es *Pedro Páramo*.

No dejaré pasar la oportunidad de decir que *Pedro Páramo* me parece un gran poema narrativo, un poema a la manera de *La Odisea* y *La Ilíada*, monumentales poemas homéricos y también a la manera de la *Divina Comedia*, de Dante, por la asombrosa capacidad artística de Rulfo que crea una lógica-estética —o una estética lógica—, es decir, una narrativa de las honduras del ser humano y de los poderes del arte de narrar ficciones.

ÍNDICE

Aclaración

) 5 (

Cómo llegué a Comala

(o cómo llegué a leer *Pedro Páramo*)

) 9 (

Primitivismo del rencor vivo

y otras pasiones

) 13 (

Autorretrato con Rulfo

) 27 (

Ecos de Comala y el llano

) 51 (

Allí en *El llano en llamas*

) 65 (

Primitivismo pedroparamero

) 69 (

Ecos de Comala y el llano,
de Saúl Rosales, fue im-
preso por Groppe el 15
de junio de 2022. Jaime
Muñoz Vargas y el autor
cuidaron la edición.

Un libro de los llamados *clásicos* es una especie de acuífero, o al menos esta impresión da. Por más que la crítica insista en explorar sus profundidades, sus pliegues más ocultos, siempre será posible encontrar novedades, riquezas que lo harán parecer inagotable. Es el caso de Juan Rulfo y su breve pero poderosa obra. Dos libros y algunos papeles más han servido para estimular el ejercicio exploratorio de ya innumerables lectores, y los hallazgos obtenidos se han multiplicado al grado de tornar imposible el conocimiento pleno de la bibliografía sobre la vida y la obra del jalisciense. A este corpus se agrega, desde *La Laguna*, *Ecos de Comala* y *el llano*, de Saúl Rosales, libro que propone dos rutas de asedio: la primera al fondo, donde el escritor lagunero subraya el primitivismo, la irracionalidad reflejada en el universo de los personajes rulfianos; la segunda a la forma, costado en el que destaca el recurso de los ecos o de las aliteraciones como generadores de eufonía en toda la extensión de *El llano en llamas* y de *Pedro Páramo*, además de la curiosidad que implica el uso de los adverbios *allí* y *ahí*. Asimismo, el autor ha incorporado “Autorretrato con Rulfo”, cuento que oscila entre la memoria y la ficción. Este periplo crítico y narrativo de Saúl Rosales alienta, en suma, lo que debe alentar toda cala a la obra de un grande como Rulfo: invitarnos a revisitarla, a reencontrar en ella los dones de la belleza y el asombro.

JAIME MUÑOZ VARGAS



SAÚL ROSALES CARRILLO nació en Torreón, Coahuila, en 1940. Es Miembro Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Su libro de cuentos *Autorretrato con Rulfo* fue seleccionado para la colección “Literatura Mexicana Contemporánea ¿Ya Leíste?” Se le concedió

el reconocimiento de Creador Emérito de Coahuila en 1999; se le otorgó el de Ciudadano Distinguido de Torreón en 1990 y 2004; la medalla al Mérito Universitario “Miguel Ramos Arizpe”, de la Universidad Autónoma de Coahuila y la medalla “José Revueltas”, del Proyecto Cultural Revueltas, en 2019.

ISBN: 978-607-69789-5-5